

“EL TALLER ES MI IMPERIO. EN ÉL, ME SIENTO UNA EMPERATRIZ”

Natalia Rondinara

Los orígenes

Esta historia comienza a mediados de la década de 1910 cuando mi abuelo, Hugo Rondinara, llegó a la Argentina desde el pueblo de Colleparado, en la región del Lazio italiano. Tenía dieciocho años cuando se radicó en Mar del Plata con su familia.

Sus hermanos se dedicaron al campo, pero a él le interesaba la industria. Corría la década del '30 cuando puso una tornería en Olazábal y Colón. Empezó haciendo piezas pequeñas y fue avanzando hacia trabajos de mayor complejidad. Llegó a fabricar un pistón de quebracho.



Mi padre, Beto, en los orígenes.



Aprendiendo a tornear
en el taller.

Hugo se casó con Elena, y de ese amor nació mi padre, a quien todos conocieron como Beto Rondinara. Me gusta pensar que fue como si hubiera nacido con el torno entre las manos. A los ocho años, ya colaboraba en el taller.

Mi papá se interesó principalmente en piezas para autos, como cardanes y cañoneras. Ese interés lo llevó a desarrollar un torno portátil al que bautizó “brocadora”.

Para tornear una cañonera con el método tradicional, había que sacar las ruedas, desarmar el sistema de frenos y retirar el diferencial completo. Era una tarea de tres o cuatro días. Con la brocadora, bastaba con desarmar la rueda. Todo el trabajo se podía realizar en el día.

Así que el taller se especializó en torneado de cañonera de camiones, gracias a la máquina de mi padre. A veces, había tanto trabajo que la cola de camiones daba la vuelta a la manzana.

Mi tío y padrino, Tito Marino, fue la mano derecha que lo acompañó durante muchos años. Siempre fue un taller pequeño, de tres o cuatro empleados.

En 1983, abrimos una sucursal en Fitte y 12 de octubre. La que se ocupó de ese local fue mi madre, Elida Rosa. Ella se cargó al hombro toda la obra.

La emperatriz

Nací en Mar del Plata hace cuarenta y un años, hija de Beto y Elida Rosa, como la menor de tres hermanos. Mi hermana mayor es Rosana. El del medio, Fabio.

Recibiendo mi título de tornera. Diciembre 2014.



Mi historia estuvo vinculada desde muy pequeña al taller. Allí, de hecho, aprendí a andar en bicicleta.

Mi padre insistía que yo entrara a trabajar con él y que fuese la continuidad del proyecto. Pero yo tenía otros planes. Estudié para profesora de educación física y empecé a dar clases en colegios.

Mi involucramiento con el taller llegó muchos años después, cuando mi padre murió en 2009. Lo dejó en manos de mi tío, Tito Marino y de mi ex marido.

Tras mi divorcio, decidí hacerme cargo de la herencia familiar. Pasé de profesora de educación física a directora de un taller que estaba fundido y endeudado. Fue un gran desafío, de una exigencia muy grande para mí, tanto a nivel personal como profesional.

Mi tío, Tito, me enseñó toda la parte técnica. Pero, como me di cuenta que necesitaba profundizar, también hice un curso de un año de tornería.

No era fácil para una mujer ganarse el respeto en un taller mecánico especializado en la reparación de camiones.

Los clientes llamaban al encargado y salía yo desde abajo de un camión. Se quedaban boquiabiertos. Eso sí, siempre mantuve mi lado femenino dentro del



En el taller, con mis colaboradores Sebastián, Roberto y Eduardo.

taller; uso el mameluco pero me gusta combinarlo con un pañuelito que haga juego.

Incluso cocino para los empleados. Hago budín de pan, pastelitos y tortas. Los mimo mucho. Cuando se enteran, algunos clientes comentan entre sonrisas: *“Desarma la rueda, tornea... ¿y además cocina?”*

Al comienzo, era “la hija de Beto”. Ahora siento que ya me gané un nombre y mi lugar.

El taller, hoy

Actualmente, el taller se especializa en la reparación de puntas de cañonera de camiones. Es un proceso muy artesanal, que requiere una alta especialización. Desde que me hice cargo, a pedido de los clientes, ampliamos los servicios brindados sumando frenos, tren delantero y la revisión integral de la unidad.

Con mi mamá, Rosita, y mis hermanos en mi cumpleaños de 40.



Somos una pequeña empresa familiar. Yo estoy al frente del taller, y tenemos tres empleados. Todos son muy educados, atienden muy bien a los clientes. Ese es uno de los aspectos que nos diferencian.

Cuando llegué, en el taller casi no había herramientas. Ni compresor teníamos. Ahora disponemos de tornos reparados y estamos bien provistos de todos los elementos necesarios para el trabajo.

Y voy por muchos proyectos para mejorar nuestra tarea. Me gustaría incorporar la venta de repuestos, puntas de cañonera para vender en todo país. También quiero expandir las instalaciones y renovar la tecnología.

El torno que diseñó mi padre está bien guardado. Es un secreto de familia. Aunque se lo sugirieron múltiples veces, él nunca quiso patentarlo para venderlo. Y yo respeté su decisión.

El futuro

Para mí, hacerme cargo del taller era un deber. No seguir adelante era como fallarle a mi padre que tanto quería que lo acompañara. Ahora entiendo cuanta razón tenía.



Con mis hijos y nuestro perro.

El destino quiso que finalmente me hiciera cargo.

Es una responsabilidad muy grande, ya que el taller da sustento a varias familias, y me permite mantener a mis dos hijos, Taniel, de once años, y Lihuen, de ocho.

Soy una persona muy creyente. Creo que las cosas pasan por algo. Habrá sido por eso que, después de muchos años, finalmente cumplí la voluntad de mi padre de ser la continuidad del taller.

En un rubro muy machista, logré hacerme un espacio. El taller es mi imperio y yo en él me siento una emperatriz.